



EDUCACION MODERNA DE LAS FAMILIAS.

NARRACION POR PAUL FEVAL

TRADUCIDA

POR EL P. LUIS COLOMA, S. J.

[CONCLUYE.]

III

DE ALGUNAS OPINIONES DE LA SEÑORA DE DESGIBECIÈRES, CATULAT POR SU FAMILIA.

LA "señora" comenzó así su discurso, resregándose las manos, como el prestidigitador al preparar el manejo de los cubiletes.

—Hijita mía... Ya habrá V. podido observar, que la verdadera directora de la "Educación moderna de las familias" soy yo. Mi respetable tía, abrumada por los años y los achaques, vive muy retirada y apenas la conoce nadie de fuera: para todos soy yo la señora de Desgibecières, y ¡ojalá que pudiera serlo también en la virtud y el mérito!... ¡Qué mujer tan excepcional, hijita mía! Ya tendrá V. ocasión de poder apreciarla....

Todo el peso de esta bienhechora institución, pesa por lo tanto sobre mis hombros... También soy yo la autora de esos libros que hojeaba V. hace un momento.... Esta es otra de mis cruces, hijita mía; porque esa árida literatura no es mi vocación. Yo soy naturalmente poeta, y la severa aridez de esas obras didácticas aprisiona mi espíritu, le hace gemir, como al desterrado ausente de la patria...

Aquí dió la "señora" un gran suspiro, que me dejó estupefacta.... ¿Quién había de pensar que iba á resultar "naturalmente poeta," aquel sargento de caballería? ¡Preciso es que no haya talento exento de necesidad, ni genio libre de flaqueza, cuando aquella mujer capaz de contarle los pelos al diablo, aquel ladino sacamuelas con faldas, venía á dar en la de creerse poeta!

—Yo también tengo mi nombre, como cada hijo de vecino,—prosiguió la "señora." Me llamo Federica de Montalván; pero he puesto mi nombre debajo del celemin, para que sólo brille la luz en torno del de mi tía... La casa Desgibecières es europea, y á nada

conducía desbautizarla: me hubiera parecido esto una usurpación, y puedo asegurarle que Federica de Montalván no aspira á otra fama que á la que puedan conquistarle las poesías fugitivas que se escapan de su corazón, como brota el agua pura entre las quebraduras de las montañas....

A pique estuve, al oírlo, de darme una palmada en la frente.... ¡Federica de Montalván!.... ¡Ya lo creo!.... Mil veces había visto aquel nombre, revuelto en los periódicos de modas entre idilios y patrones de corsés, baladas y puntos de aguja, acrósticos, juegos de palabra, charadas y saltos de caballo.... Aquellas "quebraduras de la montaña" me pusieron en la pista; y como se ven millones de átomos en un rayo de sol, ví yo en aquel rayo de estilo un torbellino de infusorios literarios, ¡Federica! ¡Julia! ¡Adolfina! ¡Emelinda!.... Dulces enjambres, golondrinas aladas, mariposas ligeras, rayos de luna, grupo de ninfas que, vistas de cerca, tienen casi todas bigote: algunas gastan espuelas.

La "señora" prosiguió:

—Y tan acostumbrada estoy á creerme la señora de Desgibecières, que á veces me parece que mi verdadero nombre, Federica de Montalván, no es sino un pseudónimo literario....

¿Le gusta á V. la poesía?....

—Mucho, respondí.

—¡Ya lo creo!—exclamó ella con los ojos en blanco. Preciso es que le guste á V., teniendo esa naturaleza tan delicada!.... Eso será otro lazo que nos una; yo la presentaré á V. en "La Lira," asociación de jóvenes poetas de ámbos sexos, de la cual soy yo vicepresidente, bien indigna por cierto. Tenemos allí á Eduardo Almidon, autor de "Horas lentas;" á Sigeberto Cartílogo, el cantor del "Medio luto;" á Zaida Plumero, que ha escrito los "Reflujos;" á Perpétua Huron, la musa de las "Glándulas lagrimales;" dedicadas al pasado. ¡Qué idea tan bella!.... Tenemos también á la joven Amanda, que ha publicado "Gritos de rabia," obra muy enérgica; tenemos á Narcisca Carabina, la margarita de los campos, la violeta de los valles, el murmullo de los arroyos, el aliento de la brisa...

Interrumpióse de pronto bruscamente, y prosiguió en su tono ordinario:

—Pero dejemos de poesía, porque no acabaríamos nunca.... Vamos á nuestro negocio, y escúcheme V. bien, hijita mía, porque voy explicarle mi sistema.... Mi artículo de

fé, es este: no hay hombre en la tierra, por muy alta ó por muy baja que sea su posición, que no venga á parar por algún camino, en "comerciante." Pero cada uno de nosotros es á su vez comprador, con respecto á las otras individualidades que venden en torno suyo. De donde resulta clara y evidentemente, que el mundo no es otra cosa que un gran bazar.

—Aquí no se trata de considerarnos á nosotros mismos como compradores, y á los demás como vendedores: eso constituye el placer, y nosotras vamos al negocio.... El nuestro es este: hay que llenar diez y siete camas que están vacías en mi dormitorio.... Para esto, hay que saber lo que vendemos, y á quien vendemos.... ¿Podría V. decírmelo?

Quedéme yo un poco perpleja, y contesté al cabo:

—Usted vende.... y permíteme que emplee sus mismas palabras....

—¡Empléelas, empléelas!.... Si para que las emplee las digo....

—Pues V. vende la educación á sus discípulas.

—¡Muy bien!—replicó la señora.

Y sonriendo sin embargo desdeñosamente, añadió:

—Eso parece á primera vista.... ¡Pero se ha fijado V. alguna vez, en esas cosas de los barrios bajos, que se titulan—la comparación le va á parecer V. trivial y hasta grosera—que se titulan "Hospicios para perros?"

Habíalos yo visto más de una vez, y así se lo dije:

—¿Y qué le parece á V. que allí se vende?

—La salud.

—¿A quién?.... ¿A los perros?....

—No, señora: se vende la salud de los perros, á los amos de los perros.

—¡Justo! ¡justo! Admirablemente definido.... ¿Y por qué no se vende á los perros la salud de los perros?

—Porque los perros son animales.

—Es cierto; pero también lo son los hombres, según la definición de todos los filósofos.... Por eso hay que definir la cosa en términos más precisos. Porque los perros no son "animales pagables."

Y se me quedó mirando con aire de triunfo, esperando alguna muestra de aprobación: hícesela yo con la cabeza, y ella prosiguió:

—Lo que quiere decir, que nosotros vendemos la educación de las niñas á los padres de las niñas, porque los padres, y no las niñas, son "animales pagables."

—Cierto,—dije yo;—pero....

—¡Ay, hijita mía; por Dios se lo pido!... ¡Nada de "peros!"... Huya V. como del demonio, de ese prurito tan general de mirar las cosas bajo el punto de vista "del otro." "El otro" no nos importa: somos mercaderes formales, y expendemos lealmente nuestra mercancía... ¿Qué más puede pedirse?...

—Yo mené la cabeza cada vez más extrañada, diciendo:

—Confieso que jamás se me hubiera ocurrido...

—¡Ya lo creo!... Estas cosas no se ocurren de un golpe: son fruto de muchas meditaciones, que no carecen de profundidad. Pero la reflexión demuestra lo incontestable del principio, y una vez admitido éste, tenemos ya la teoría perfectamente asentada... El colegio Desgibecières se reduce á un comercio: usted y yo hacemos este comercio, asociadas hasta cierto punto. Toda la responsabilidad de la cosa vendida, cae sobre mí: usted no hace más que el corretaje.

Sentóme tan mal esta palabra, que hubo ella de conocerlo, y se apresuró á añadir riendo:

—La palabrilla no suena bien; ¿pero qué quiere V., hijita mía?... Nadie tiene más delicadeza de alma que yo, pero cuando se habla de negocios, es menester llamar á las cosas por su nombre... Cuando hayamos acabado, le recitaré en despiques una tirada de versos: tras el brevaño amargo que receta el médico, sabe muy bien una pastilla perfumada, un rayo de sol que ría en el sombrío cielo, etc., etc.

¡Sabía de memoria todos los "Flujos y reflujos" de Zaida Plumeró!... Y en honor de la verdad, repugnaba ménos en su papel de fondista ajustando el alquiler de diez y siete camas, que meciéndose entre las brisas y serpenteando entre los arroyos: aquella musa de la partida doble, tenía el poder de atacar-me los nervios.

—Queda, pues, asentado,—prosiguió ella, nuestro punto de partida: ver siempre las cosas bajo el punto de vista de la casa Desgibecières. Este es el "criterium"... Por lo demás, puede V. estar tranquila, hijita mía, porque los padres tienen también para defenderse otro "criterium" muy parecido al nuestro... En cuanto á la palabra "corretaje" que tanto le ha alarmado á V., no quiere decir de ningún modo, que tenga V. que ir de casa en casa buscando marchantes... El colegio Desgibecières está, gracias á Dios, lo bastante acreditado, para poder esperar al cliente, y desde hoy mismo podrá V. ver cómo afluyen las peticiones: el inconveniente está en que el precio asusta un poco... ¡Ya se ve! ¡Hay por ahí tantos colegillos de mala muerte, que desacreditan el oficio, desempeñándolo por nada!... En esta misma calle tiene V. dos! el de la Collinet por ochocientos francos, y el de las hermanas Boisbrulé por doscientos... Esto es cargante, y es hace necesario luchar... ¿Sabe V. cómo se llama esta lucha?...

—Competencia.

—¿Y cómo le parece á V. que se puede competir con un precio más bajo?...

—Abaratando todavía más el precio.

—Sí... pero esto es un medio muy vulgar y muy peligroso. Nosotros hemos inventado otro método.

—¿Mejorando la calidad de la mercancía?...

—Algo hay de eso; pero V. tiene que prescindir de ello... Para V., el medio de combatir la baratura de los otros colegios, ha de ser este, por extraño que parezca, subir el precio del nuestro... La consecuencia es inmediata; la Collinet cobra ochocientos francos por pensión, y tiene diez y nueve niñas, y un simon que alquila los domingos, por todo lujo; las Boisbrulé cobran doscientos, y tienen cuarenta peloneillas que sólo pueden pagar por trimestres, y sin más coche que sus zapatos rotos... En cambio, nosotros cobramos dos mil quinientos francos, y tenemos setenta in-

ternas, cincuenta medio pensionistas, berlina propia, y seis caballos en la cuadra, sin contar los pencos del ómnibus que lleva y trae á las externas. El mobiliario es hermoso y propio, y en tres años podremos retirarnos con cien mil francos de renta. ¿Comprende V. la diferencia?

La diferencia bien la comprendía yo: lo que no acertaba á comprender era, cómo por aquel camino se llegaba á ella. Federica de Montalván, segunda encarnación de la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, viuda del compañero de Lapérouse, me dijo entonces:

—Ahora lo comprenderá V. prácticamente.

Tocó la campanilla y apareció Giromán, el grandísimo bribón de librea: ella le dijo:

—¿Hay alguna mamá en el salón?

—Hay dos.

—¿Qué traza tienen?

—Una muy elegante, con plumas... La otra gordinflona: cualquiera cosa... Me parece que es la tendera de la esquina de San Lázaro.

—¡Gran casa!—murmuró la "señora:"—no hay como la vara de medir y el mostrador para hacerse rico.

—Póngase V. detrás de mí, hijita,—me dijo entonces.—Mucho cuidado, que va V. á aprender del natural lo que le falta de lección.

Después dijo á Giromán:

—Que suba la mamá elegante.

IV

RECURSOS E INDUSTRIAS DE UNA INSTITUTRIZ MODELO.

La puerta se abrió de nuevo, y mientras yo me colocaba disimuladamente detrás del sillón de Federica, entró en la estancia una señora de cuarenta años, muy bella, de facciones algún tanto abultadas y maneras elegantísimas. Federica salió á su encuentro y la hizo sentar: miróla un momento la dama con grande atención, y parecióme observar en ella, que quedaba satisfecha de los modales de Federica. Sin duda comenzaba á picar en el anzuelo de la "Educación moderna de las familias."

—Su reputación de V.,—dijo sonriendo amablemente,—ha llegado hasta nosotros... Tenemos una niña de doce años, y en el momento de emprender un viaje...

Federica se inclinó cortésmente y la dama dijo entonces:

—Soy la Baronesa de R**.

El rostro de Federica se iluminó como un rayo de sol, y exclamó enfáticamente:

—¡Ilustre nombre... y muy bien llevado por cierto!...

Y me añadió por lo bajo:

—En mi vida lo he oído nombrar.

—La pensión de dos mil quinientos francos...

—Permítame V., señora, le interrumpió Federica.—Este año, no recibimos pensionistas ménos de dos mil ochocientos francos.

La fisonomía de la Baronesa se oscureció, y añadió titubeando:

—Pues muy cerca de V. hay otros establecimientos...

—La señora Baronesa,—se apresuró á decir la institutriz modelo,—no querrá obligarme á hacer comparaciones... Al lado del hotel de la señora Baronesa, habrá sin duda casuchas...

—No vivo en ningún hotel,—dijo la Baronesa.

Federica se inclinó sonriendo, y hubo entonces un silencio de medio minuto; la Baronesa preguntó al cabo:

—¿Podría V. darme algunas noticias de los usos de la casa?...

—Todas las que V. quiera,—replicó Federica;—pero la lectura de los programas le bastará sin duda... Por los demás, ¿qué puedo yo decirle, sino que nuestra venerable directora ha conquistado en la enseñanza un puesto tan alto, que... Siento en el alma que no pueda V. verla; pero su salud delicadísima la tiene siempre tan molesta!...

—Segun eso, no es V. la directora...

—¡Oh, no!... Poseo toda la confianza de mi respetable tía y bienhechora: soy su discípula, casi su hija... Cuando tuvo la desgracia de perder, muy joven aún, á su marido, teniente de navío, oficial de gran porvenir, uno de los compañeros del infortunado Lapérouse...

—¡Ah... ya!...—exclamó la Baronesa.

El efecto que producían estas palabras era inexplicable, pero cierto. Federica levantó los ojos al cielo dando un suspiro y continuó:

Murió con el ilustre marino, envuelto en los pliegues de la bandera blanca, que flotaba sobre aquellos mares desconocidos; en el campo del honor, de la ciencia y la civilización... Pues decía á V. que la señora de Desgibecières, se dedica á la enseñanza desde esta catástrofe, sucedida en 1788... ¡Cincuenta y tres años de práctica!... No se puede negar que es esta una nobleza que obliga...

—Ciertamente,—replicó la Baronesa;—y quisiera saber...

—Todo lo que V. quiera, se lo diré en pocas palabras... Tenemos en casa á la hija del Duque de Couvres; á las dos señoritas de Módena, sobrinas del Marqués de Talleyrand-Périgord; la señorita de Tinténia marchó la semana pasada, para casarse con el Conde de Laval-Talmon... Mi respetable tía ha tenido la satisfacción de contribuir á este casamiento, que es verdaderamente una boda regia... A veces tenemos en esto muy buena mano...

—Mi hija vendrá aquí á estudiar únicamente,—dijo la Baronesa.

—¡Pues ya lo creo, señora!—exclamó Federica:—nadie podría pensar otra cosa... Pero cuando se pertenece, como á V., á la alta aristocracia...

—No tengo semejante pretensión.

—Señal cierta de que pueda V. tenerla,—replicó sonriendo Federica.

Yo me ahogaba de oírlo: aquellas deliberadas salidas de tono, me cortaban la respiración; pero la sobrina de la señora de Desgibecières tenía aliento de buzo. La Baronesa volvió á pedir noticias de las costumbres y método del colegio, y Federica, como para terminar una explicación que todavía no había comenzado, dijo con gran convencimiento:

—Señora Baronesa... Nuestra casa está á cabeza de todas sus rivales, y puede V. confiar en el interés que tenemos en conservar este honroso puesto. Creo que no dudará V. de la profundidad de nuestros estudios, y mucho ménos del buen tono y los exquisitos perfiles de nuestra educación: nuestra fama es europea bajo este concepto... En cuanto á la piedad y religión... ¡oh! le bastaría á V. ver por un momento el alma de la señora de Desgibecières... De la higiene, la salubridad del establecimiento, la alimentación, si es preciso descender á estos detalles, nada le digo... Fíjese V. en nuestro título "Educación moderna de las familias..." ¿Y qué familias?... Pues familias como la de V... Rara vez admitimos jóvenes de la clase media, como no sea que nos las recomienden algunas señoras de la aristocracia, en cuya amistad y benevolencia se ha fundado siempre nuestro lustre y nuestra fama... ¡Educación de las familias nobles! Claro está que no se puede decir esto con todas sus letras, en un siglo en que las clases intermedias... Ya V. me entiende... Instrucción completa y brillante, higiene admirable, ayudada por los nuevos adelantos del arte gimnástico. Para esto tenemos á la señorita Estela, y con decir esto basta... Vida abundante y delicada, recreaciones alegres, virtuosos ejemplos... Concursos de los mejores artistas para las clases de adorno, y una salud... Pero la señora Baronesa no está obligada á creerme sobre mi palabra...

Federica tocó la campanilla y vino Giromán.

—Avisé V. á la señorita de Boisbriant,—le dijo ella.

Llegó la señorita de Boisbriant, vestida con tanta sencillez como elegancia.

—Ana, hija mía,—le dijo Federica.—acompañe á la señora Baronesa, que tendrá

bondad de excusarme... Todo pesa sobre mí durante la enfermedad de mi respetable tía. Enséñale todo el colegio: estudios, comedores, dormitorios, clases, cuartos particulares... y el jardín, y sobre todo que vea á nuestros queridos angelitos, cuya salud forma nuestra verdadera gloria... Puedes acabar por la enfermería, y estoy segura de que cuando la señora Baronesa la haya visto, sentirá no ser niña para quedarse en nuestra compañía.

La Baronesa sonrió y Federica la acompañó majestuosamente hasta la puerta: luego me dijo:

—A esta muchacha es á quien quiero que sustituya V., hijita mía... Ana no sirve para el caso: no es de bastante tono para nosotros, y además todo lo traba... Cita nombres de la nobleza á los comerciantes, y de industriales á los nobles, y se empeña siempre en dar explicaciones, lo cual es un error gravísimo. Nunca me cansaré de inculcar este principio. ¡Nada de explicaciones! Mientras más á oscuras, mejor; en casas como ésta, todo debe de ser artículo de fé, incluso la señora de Desgibecières misma...

Mientras así hablaba, creí sorprender una maligna sonrisita, en sus labios no del todo imberbes. Tocó de nuevo la campanilla y Gironán fué encargado de introducir á la tendera de la esquina de San Lázaro.

Era una mujer muy gorda, que sudaba á mares bajo una carga de rasos, encajes y terciopelos, con que podían vestirse holgadamente media docena de duquesas: nada había sin embargo de relumbron en aquel almacén ambulante de galas, porque nada hay tampoco que parezca bastante bueno á esta clase de ricachas improvisadas: sus terciopelos eran del más rico de Italia, los encajes auténticos, el raso doble y grueso como el damasco antiguo. Y á pesar de todo, sucedíale lo que al que empleara cincuenta mil francos en adornar con ricos atavíos un pilón de azúcar, por aquello de que aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Federica señaló con un amable gesto á aquella emperatriz de géneros ultramarinos, la silla ocupada ántes por la Baronesa, y la mirada que me dirigió al mismo tiempo, pareció decirme:

—¡Atencion!

La tendera era una de esas tenderas de la escuela antigua, que no han leído en su vida otro libro que el de cuentas, y carecen hasta de esa cultura superficial que se adquiere con el trato de gente. Saludó zurdamente á Federica y dijo:

—Buenos días... Pues yo venía, porque Gauffré quiere meter á la niña en este colegio: es ya zarangullona, y allá en la tienda, claro está, con tanto ir y venir y los mequetrefes que miran por el escaparate... ¡Pues! ya V. me entiende... Pero el precio es muy caro, y además hay que saber lo que aquí se aprende; porque mi niña no es una pindonga, y su papá quiere que aprenda todo lo fino, pagando lo que sea razon... Porque claro está; cuando se tiene de qué, ya se puede, sin echar plantas; que no siempre los más orgullosos son los más honrados... Con que V. dirá...

Federica escuchó sin pestañear el elocuente discurso de la tendera, y pensando sin duda en lo mucho que habría que desmochar al digno retoño de aquel alcornoque hembra, hízole entonces un saludo muy amable, y dijo:

—Segun eso, ¡tengo el gusto de hablar con la señora de Gauffré?...

—¡Digo!—exclamó ésta estupefacta.—¿Me conocía V. entonces?

—Cuando se ocupa,—replicó Federica,—la honrada y digna posición que tiene V. en el barrio...

—¡Oh sí; lo que es eso, es mucha verdad!—exclamó la Gauffré muy convencida.—En casa hay de todo: estafeta, despacho de tabaco, confitería, depósito de chocolate de Menier, papel sellado, y todo, todo... Pero el precio se le ha atragantado á Gauffré; porque mire V. que gastar dos mil quinientos

francos al año en una mocosa, es un contradios... Con eso comen y beben y triunfan muchas familias.

—Esas familias,—replicó gravemente Federica,—no ponen sus hijas en el colegio Desgibecières... pero la "señorita de Gauffré" es cosa muy distinta.

Pronunció Federica aquel "señorita de Gauffré" tan á boca llena y con tanto aplomo, que pude comprender hasta dónde llegaban sus agallas. Pavoneóse muy satisfecha al oír la "señora de Gauffré," y exclamó medio riendo:

—¡Tu, tu, tu!... No se me pesca á mí con este anzuelo!

Esta salida hizo á la virreina Desgibecières erguirse soberbiamente: lanzó á la Gauffré una mirada tan desdeñosa, que la obligó á encogerse bajo sus mil escudos de rasos, encajes y terciopelos, y con tono protector, le dijo:

—En ese caso, el remedio es muy sencillo... No tiene V. más que atravesar la calle, y frente por frente de esta casa, tiene por mil ochocientos francos, el colegio Collinet... Y si esto fuese todavía muy caro para V. [porque cada cual sabe dónde llega el fondo de su bolsillo,] un poco más abajo están las hermanas Boisbrulé, que] admiten pensionistas á mil doscientos...

La tendera se puso pálida.

—¿Mi bolsillo?—exclamó,—¡Digo!... ¿Sabe V. cuánto entró en caja el año pasado?...

—Sé—replicó dignamente Federica,—que su casa de V. es la primera del barrio... Pero debo observarle, que la pensión de dos mil quinientos francos, es la de las alumnas de segunda clase...

—Digo, digo...

—Eso paga la hija de Mivart.

—¡Un sombrerero!—exclamó desdeñosamente la Gauffré.

—La de Colignon paga lo mismo.

—¡Un corsetero!...

—Pero las hijas de los grandes industriales, pagan tres mil, que es la pensión de primera... Eso paga la de Salomon hermanos, la de Bergoin y Gail, la de Roueg y Triorner...

—Nosotros no somos unos quincalleros cualquiera,—observó secamente la tendera.

—Hay comercios,—dijo con énfasis Federica,—que superan en mucho á la industria.

—¡Ya lo creo!—replicó la Gauffré:—no sería yo quien cambiase... ¿pero qué es lo que se da de más por tres mil francos?

—Todo y nada, mi querida señora: el rango, la distinción, mil cosas inexplicables... Veá V. lo que sucede en un teatro: ¡las butacas cuestan más, porque se encuentra en ellas mejor compañía; y sin embargo, lo mismo se vé y lo mismo se está en otras localidades...

—En fin,—dijo la Gauffré comenzando á tragar el anzuelo:—después de todo no es tan grande la diferencia... Dígame V. lo que aprenderá mi niña en tres años.

Inclinóse entonces Federica hacia ella y tomando entre las suyas una de sus bastas y rechonchas manos, dijo solamente.

—Justamente tres años se necesitan para completar su educación.

—¡Pues vea V. cómo he acertado!—exclamó muy satisfecha la tendera.—¿Pero tendrá que romperse mucho la cabeza?... Porque yo quiero que aprenda bien el francés, y la historia antigua del Consulado y el Imperio, y la Geografía, con todas las provincias y los puertos de mar... ¿Y qué más?...

¡Ah! también quiero que aprenda bien de pluma, y que escriba con letra inglesa... Y la música; que se agarre bien á la música... ¡Tiene una voceilla tan chillona! [Su papá le dice que parece una rata, cuando le pisan el rabo.

Federica me hizo una seña con el codo: iba á cantar su gran aria.

—Mire V., señora,—dijo de repente tomando una posición oratoria.—Lo que se enseña en el colegio de Desgibecières, abarca el

conjunto general y completo de los conocimientos humanos... y nada más... Usted me pregunta lo que aprenderá su hija en tres años, y yo le respondo que su hija aprenderá lo bastante para dejar tamañitas en cualquiera parte, á todas las jóvenes de su edad.

—¡Digo, digo!—exclamó triunfante la Gauffré, sacudiendo sus terciopelos, sus encajes y sus rasos.—Eso me gusta y le gustará también al papá... ¡Anda! que vengan las presumidas del barrio, y ya le darán candela!

—Sabrá brillar en un salón, gobernar una casa, hacer la felicidad de una familia...

La Gauffré se enjugó una lágrima murmurando:

—¡Es tan mona!... Ella le pone siempre la servilleta al papá.

—Sabrá agradar é imponer respeto, y si alguna vez se encuentra frente á frente de algunas de esas grandes señoras, vanas y engreídas por la casualidad de su nacimiento...

—¡Digo, digo!—exclamó la tendera.—¿Qué la hará?

—¡Pues humillarla á sus pies, como pisoteo yo este papelillo!—concluyó trágicamente Federica.

La Gauffré dió un resoplido de satisfacción: las grandes señoras se le atragantaban sin duda, y harto lo había conocido Federica.

—Nuestro establecimiento,—prosiguió ésta,—es la primera casa de Europa, para el alto comercio y la industria.

—Pues también hay aquí algunas hidalguillas,—dijo ágricamente la tendera.

—¡Las menos posibles!—exclamó con vehemencia Federica.—Si V., por ejemplo, viene y me dice: "tengo empeño en que admita V. á tal Marquesa ó á tal Duquesa, no me negaré sin duda. Pero la recomendación del comercio ó de la industria, de ninguna manera.

—¡Bien hecho! ¡bien hecho!

—Claro está que no se puede poner en la muestra: "¡Abajo los nobles!" en unos tiempos en que la aristocracia parece levantar de nuevo la cabeza.

—¡Déjela V., déjela V.!—exclamó la Gauffré;—que ya caerá otra vez patas arriba...

—Pero de todos modos, nuestra preferencia la tienen siempre las familias del comercio y de la industria, porque á ellas debemos nuestro lustre y nuestra fuerza... Siento muy mucho que nuestra venerable directora, la señora de Desgibecières, Catulat por su familia, no pueda recibirla á V. en este instante; pero la pobre está clavada en el lecho del dolor...

—¿Y es verdad que es viuda de la vuelta al mundo?—preguntó la Gauffré.

—Viuda del teniente de una de las glorias de Francia.

—¿Y hace mucho?

—Cincuenta y tres años.

—¡Digo, digo!... Ya iba yo á llorar.

—Es V. muy amable, y su niña debe ser una criatura deliciosa,—replicó Federica disimulando una sonrisa.—Con que resumamos: instrucción completa y brillante, higiene admirable, ayudada por los nuevos adelantos de la gimnasia...

—¡A propósito! exclamó la Gauffré.—Me encargó mucho el papá que preguntase lo que era eso: él ha visto en el Hipódromo á ese Thévenin que anda en un globo...

—¡Oh, no, señora!—exclamó Federica.—En la señorita Estela puede V. comprender los efectos de la gimnasia: entró aquí débil y casi raquítica, y levanta hoy cinco piés y seis pulgadas, y pesa ciento ochenta...

—¡Santa María!—exclamó asustada la tendera:—yo no quiero que mi hija engorde tanto.

—Descuide V.,—replicó Federica:—la gimnasia tiene recursos para todo, y las niñas sólo crecen y engordan lo que quieren sus padres... En cuanto á piedad y Religión...

—¡Pseh!—dijo la Gauffré:—eso no me quita el sueño... El papá no puede tragar á los curas, porque claro está, quieren volver los diezmos. Eso no es ya de estos tiempos.

La tendera miró su precioso reloj, y Federica no pudo ménos de exclamar:

—¡Qué alhaja tan linda!

—Buenos dineros ha costado,—dijo la otra muy satisfecha.

—Iba á hablarle á V. de la salud de las niñas, pero veo que tiene V. prisa, y mejor será que juzgue por sí misma.

Federica tocó la campanilla, y Giromán hizo venir á la señorita de Boisbriant, cuyo traje y aspecto examinó la Ganffré con la boca abierta.

—Ana,—le dijo Federica:—acompaña á esta señora, que tendrá la bondad de excusarme. Todo pesa sobre mí durante la enfermedad de mi respetable tía... Enséñale todo el colegio: estudios, comedores, dormitorios, clases, cuartos particulares, y el jardín... y sobre todo que vea á nuestros queridos angelitos, cuya salud forma nuestra verdadera gloria... Puedes acabar por la enfermería, y estoy segura de que cuando la señora la haya visto, sentirá no ser niña para quedarse en nuestra compañía.

Este era el rasgo final, que pronunciaba siempre Federica, con una amabilísima sonrisa: cuando quedamos solas exclamó sofocada:

—¡Uff!... Estas son las quiebras del negocio: las Gaufré y compañía... Pero al fin y al cabo, las niñas de todos los Gaufré de París, me proporcionan al año más de cincuenta mil francos... ¿Vió V. el guiño que al salir me hizo Ana?... Pues eso es que la Baronesa cayó en el lazo, y creo que la Gaufré caerá también á la vuelta... Ya no quedan más que veinte y cinco camas por llenar.

Federica quiso todavía darme algunas instrucciones, y me hizo notar que es preciso poner delante á cada uno la clase inmediatamente superior á la que en la escala social ocupa.

—Ya vió V.—me dijo,—cómo la á Baronesa le hablé de la alta aristocracia; á la tendera, de los grandes comerciantes... El remedio es infalible y todos caen en el garlito: al abogadillo, se le pone delante el magistrado; al escribano, el juez; al boticario, el médico... y nada de explicaciones!

Concluida la lección, leyóme de postres una larga tirada de versos, titulada "Reflejos:" esta fué la prueba más dura. Convidóme después á su real mesa, y al terminar la comida, me dijo la colosal Estela al oído con mucha sorna:

—¿Vió V. á la señora de Desgibecièrres, Catulat por su familia?... .

—No,—le respondí.

Ella se echó á reír á carcajadas, y sin querer explicarme el motivo de su risa, añadió:

—¿Y ha visto V. á la Ardilla?

—Tampoco.

—¿No ha sentido V. al pasar por un corredor que está detrás del cuarto de la "señora," algún olor á tabaco?

—¡Ya lo creo!... ¡Mucho!

—Pues allí está la Ardilla en su jaula!... Y soltando una carcajada, echó á correr.

V

DE QUIEN ERA ARDILLA, Y POR QUE NO QUISE PERMANECER EN CASA DE LA SEÑORA DE DESGIBECIERES.

No negaré yo que allá en la noche de los tiempos, no haya podido existir alguna señora de Desgibecièrres, Catulat por su familia: algo de verdad se encuentra siempre en el fondo de estas leyendas, que perpetúa la tradición en la memoria de los pueblos, y no se improvisa tan fácilmente la viuda de un compañero de Lapérouse.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la tal viuda no existía en 1841, sino en estado de reliquia, y en la cámara á que Giromán llamaba para informarse de si la reina madre estaba visible, albergábase tan sólo una viejísima criada, chocha por completo. Ella constituía la mitad de la señora Desgibecièrres, esto es, su cuerpo: la otra mitad, su genio, formábalo un tal Medard, fantástico personaje, que designé anteriormente con el nombre de Ardilla.

La robusta Estela, curiosa como una niña,

había sorprendido este misterio y dejado escapar el secreto. Al pasar un día por cierto corredor, llegó á sus narices el humo de una pipa, y oyó al mismo tiempo, á través de una puerta, un fuerte altercado que sostenía Federica con otra persona. Aplicó el ojo y luego el oído al agujero de la llave, y vió á un hombre joven aun y no mal mozo, calvo como la palma de la mano, y con larga barba gris. Llamábale Federica su primo Medard, y le regañaba como se riñe á los niños, echándole en cara el vicio del aguardiente que le iba quitando la vida. La robusta Estela pensó al pronto que aquel desconocido debía ser otro compañero de Lapérouse; mas por el animado diálogo que ámbos sostenían, vino al cabo en la cuenta, de que aquel primo Medard era un doctor en ciencias y letras, un escritor notable embrutecido por el innoble vicio del aguardiente, que trabajaba quince horas diarias en dar vueltas á la noria de la "Educación moderna de las familias," sin dejar por esto de estar un momento borracho. Con tal de tener delante un gran vaso lleno de aguardiente, redactaba él solo todas las obras completas de la señora de Desgibecièrres, morales, religiosas, filosóficas, literarias, higiénicas y políticas; anuncios, prospectos, discursos, tratados, estadísticas, etc., y le sobraba tiempo todavía para corregir los ensayos poéticos de Federica, "Brisas del mar, Voces de la noche, Sonrisas del abismo..."

Medard era un hombre superior que no creía en Dios ni había caído tampoco en la cuenta de que poseía un alma, lo cual no le impedía escribir bellos sermoncitos, para las alumnas de la "Educación moderna de las familias." La robusta Estela habíale bautizado con el nombre de "Ardilla," al verle día y noche, encerrado en aquella especie de jaula.

Como era natural, no admití las proposiciones de Federica y me negué resueltamente á formar parte del personal de la "Educación moderna de las familias." No creo, sin embargo, que el colegio Desgibecièrres fuese peor de lo que son en París otros muchos establecimientos de su género. Federica, por el contrario, alimentaba bien á sus alumnas, las instruía sobre poco más ó ménos como en otras partes y las divertía....

Aquí cerró de repente la Condesa el cuaderno, y mirando al cielo, que comenzaba á despejarse, dijo:

—El chaparrón ha pasado ya; y podemos aprovechar este poquito de sol, para dar un paseo.... Otro día que llueva, leeremos el capítulo siguiente, en que se hace justicia á una santa y digna señora, consagrada también á la educación de las niñas.

No todas las institutrices de París están vaciadas en el molde de la señora de Desgibecièrres, Catulat por su familia.

EL JUICIO FINAL.

"Camina la virtud por entre abrojos
Siempre agobiada de fatal quebranto,
Y, bañados los ojos
En lastimero llanto,
Esos que siguen su sangrienta huella
Alzan en vano al cielo su querella.
Sólo tristeza y luto
Y desprecio y dolor han alcanzado!
De su demencia el fruto
Es vivir oprimidos,
Y hambrientos arrastrarse y abátidos
A los pies del malvado
Que lleno de alegría
Entre dicha y poder está sentado.
¿Dónde existe ese Dios tan bondadoso?
¿De su paterno amor cuál es el día?
¿Hundido yace en eternal reposo!
Arme su brazo de venganza luego
Y dé á sus hijos libertad y gloria!
¿Sordo está acaso y ciego?
¿O tal vez mira con desden al justo,

Y ama y protege al opresor injusto
Que se ciñe el laurel de la victoria?"

—Callad, no blasfemeis; que la palabra
Y el noble pensamiento,
El Hacedor supremo ne dió al hombre
Porque insultara audaz su augusto nombre
Maldiciendo de su obra y de su intento.
El nos hiere, es verdad, y amargo lloro
También en nuestras penas derramamos
Al pasar por la senda de este mundo;
Mas su ley no se juzga y la acatamos
Con respeto profundo.

Pronto ese sol que desde la alta esfera
Vierte su luz y ve nuestra agonía,
Ha de traer en su veloz carrera
De la justicia el temeroso día.
Y ese Dios, ese Dios que el sacrificio
Acepta de humildad, nuestros dolores
Tornando en gozo, nos oirá propicio,
Y de su ira los rayos vengadores
Desatará sobre el triunfante vicio.

"Venga ese Dios, si por ventura existe,
Que al vicio tiene la virtud sujeta,
Y á escuchar sus lamentos se resiste!
Del cielo en lo escondido,
Como ántes, yace hundido
El Fuerte en su desmayo:
Duerme quizá sobre su inútil rayo!
Allí vive, allí está de gloria henchido!
¿Y esperais que despierte de su sueño?
Venid mientras despierta, el halagüeño
Placer á disfrutar; que el mundo ofrece
Deleites abundosos;
Y culpados seréis, pero dichosos!"

¿Mas qué rumor se siente?

La tierra con estrépito ha temblado,
Y el eco de una voz ha resonado
De norte á sur y desde ocaso á oriente.
Ved cómo azota el aire devorante
El monte y la llanura,
Y recorre los aires espantados!....

Relámpago brillante
Los cielos ilumina!....
Mil pálidas centellas
Van derramadas por la niebla oscura,
Y, teñida con sangre su luz pura,
Aparecen las fúlgidas estrellas!
De sus prisiones escapado el viento
Mueve implacable guerra
A la infeliz y desolada tierra....
Todo le anuncia su postrer momento!

Bramando sale el mar de su hondo lecho,
Las playas á su empuje se quebrantan,
Y en su furor hinchadas,
Las olas encrespadas
Al cielo por destruirlo se levantan,
Al cielo mismo, que su fin destina
A cubrir todo con su inmensa ruina!
El momento llegó.... De los querubes
En las alas, Jehová sobre las nubes
Aparece glorioso;
Su faz relampaguea,
Y el rayo fragoroso

En la potente mano centellea!....
El es, oid.... que su inmortal acento
Resonó del espacio en lo profundo!....
No descansa del sueño entre los brazos!....
Apénas con su planta tocó el mundo,
Y el mundo quedó ya roto en pedazos!

Temblad, hombres, temblad, teneis delante
La Majestad suprema
Del que os ha de juzgar y es infalible!....
Aquí do está su tribunal terrible
¿De qué os sirven el oro y la diadema?
Somos todos iguales á su vista:
Ni se compra este juez ni se conquista.
De la eterna verdad el libro santo
Abierto tiene, donde están escritos
Vuestros culpados nombres y delitos!
Y aquella religion, madre otro tiempo
Sensible y amorosa,
Sus ojos en la ley poniendo fijos,
De implacable rigor arma su pecho,
Y desconoce á los ingaatos hijos
Que oprobio siempre de su amor han hecho.

Los que dormís el sueño de la muerte
De su noche salid, porque ha cesado;
Y tomad vuestra carne, que el Dios Fuerte
A su juicio tremendo os ha llamado!....
Mas ya los muertos dejan su reposo,

De entre las sombras con terror se lanzan,
Y su gemido por los aires zumba,
Y en desorden y pálidos avanzan
Sacudiéndose el polvo de la tumba.
Cuántos pueblos perdidos
Encierras ¡oh Salen, entre tus muros!
Estos son de Mahoma los sectarios,
Los siervos de Talmud van á su diestra;
Con esos de Moloc vienen unidos
Los que á Bal adoraron engreídos!...
Mas todos ante Dios se han presentado!
Tumulto horrible!... gritos lamentables!
¿Quién la suma tendrá de los culpables?
Aquí con el ingrato,
Se oculta el opresor, el homicida,
Y el pérfido guerrero,
Que vió á su patria en la aflicción hundida,
Y en medio de la lid vendió su acero!
Y vosotros ¿qué hareis? cuando en vil tráfico
Poniendo la justicia,
Tanta inocente sangre derramásteis!...
¿Cómo podreis cubrir vuestra malicia?
Y vosotros tambien los que asentados
En poder y grandeza,
Con el infame don de vuestras manos
Manchásteis el honor de la pobreza!
Y vosotros, tiranos,
Despojados del cetro y la corona,
Vuestra gloria pasada,
¿Dónde ireis á esconder la faz impura?
Buscáis en vano la tiniebla oscura,
Del Señor os persigue la mirada.
Llegad, llegad, precitos,
Que en la larga cadena de los años
El tiempo Dios cortó de la clemencia!
Remedio no tendrán vuestros engaños,
Ni alcanzarán perdón vuestros delitos.
¿Burlad hoy á la débil inocencia!...
Decid, ¿su Dios existe, es providente,
O yace en su letargo torpemente?
¿Llorais? ¿pedís?... ¡inútiles clamores!
Está la copa del enojo llena,
Ya el Angel de la muerte os encadena
Y el Señor os entrega á sus furoros.
Mas yo cercado de divina lumbre
Me encuentro: ¿dónde estoy? placer respira
Todo en mi derredor! mi blanda lira
Ecos derrama dulces y armoniosos!...
De aquí huid con presteza, impuros séres,
Que en la celeste cumbre
Al eterno santuario,
De gloria revestidos,
Entran ya del Señor los elegidos!
¿Y yo miro su encanto!...
A Jehová elevan su sonoro canto!
Y su faz resplandece
De angélica alegría,
Aun más que el vivo sol del medio día.
¿Y por qué ¡oh Dios! del número infinito
De pueblos y naciones,
Aquestos sólo recontados fueron?
¿Tan pocos ¡ay! tu ley obedecieron?
¿Dónde están esas mil generaciones
Que llenaron el mundo,
Y tu poder y tu justicia vieron
Y ese tu amor profundo?
Pobres nomás, y sólo desgraciados,
Y los cándidos niños,
Pagaron tus cuidados
Y te dieron amor por tus cariños!
De pavor lleno entre mi amargo lloro,
Apénas encontraron mis miradas
De aquellos justos en el santo coro
Dos frentes de diadema circundadas.
¿Y tantos qué se hicieron? Busco en vano
La inmensa muchedumbre
Que de Sion los campos inundaba!...
¿Ay! del Señor al poderoso acento
A la mansión bajaron del tormento!
Y la hermana cayó con el hermano;
La madre con el hijo que adoraba;
Y el esposo, el amante, y el amigo,
Y el que no perdonó, con su enemigo.
El vil adulador con el tirano,
Y su feroz verdugo,
Y á sufrir para siempre igual castigo
Con el dueño orgulloso,
El torpe esclavo que sufrió su yugo
Cayó tambien al bátrato espantoso.
Y sólo la virtud ciñó su frente

Con el lauro inmortal de la victoria;
Y á su penar fué premio eternamente
Del Señor de los cielos la alta gloria.
Ha cumplido Jehová de su hondo arcano
El intento divino y soberano,
Y el vicio llora en el eterno fuego.
La Justicia apagó su rayo luego;
Y de su hoz y sus alas despojado,
Por siempre sobre el mundo destruido
Inmóvil el Tiempo se quedó dormido.

LA EXPIACION.

(CUENTO.)

No puedes figurarte cuánto padece mi corazón por él. Cada vez que celebramos una fiesta de familia, el aniversario de mi matrimonio ó cualquier cosa por el estilo, el anciano hace su entrada, vestido con su uniforme de lugarteniente, recuerdo de los días felices. Pero al menor ruido que suena en la puerta huye á su cuarto, tan pronto como sus débiles piernas le pueden llevar. No se atreve á salir. Esto desgarró el corazón, comprendes, el corazón de un hijo.

Acto 3º de "El pato silvestre." Drama en cinco actos de Enrique Ibsen.

El abuelo estuvo en presidio, pero, á pesar de ello, la suya era una conciencia honrada.

Habíanse reunido varios amigos, compañeros algunos y los más de ellos militares, entre los que mi abuelo se contaba, para celebrar un banquete, que no tenía más objeto que pasar un rato en compañía, moviendo las mandíbulas y levantando el codo hasta donde se pudiera.

Se comió alegremente, circunstancia preciosa para la perfecta digestión, y se bebió tambien bastante y con ello fué mayor la alegría.

El humo de los cigarros, el apiñamiento de los cuerpos y la lumbre de los caloríferos habían desinfectado la atmósfera extraordinariamente.

Llegó el momento de saborear el café y destapar formalmente las botellas, y en este punto, á la conversacion general sucedieron conversaciones particulares.

Mi abuelo hizo su conversacion en un corro en el cual, de discurso en discurso, se sacó á plaza la cuestion del matrimonio.

Unos decían que no, como Tolstoy; otros veían, como ve la Iglesia católica, en el matrimonio, el hogar lleno de delicias y la base de toda buena organizacion social, etc., etc.; y cuando ménos se pensaba, y cuando las interpretaciones y discursos no pasaban de consideraciones filosóficas, un espíritu negro, que en todas partes los hay, encargados de terminar las alegrías, se permitió algunas reticencias hablando de mi abuela.

El que esto hizo era una persona que tenía antigua enemistad con mi abuelo por cuestiones relacionadas con el mecanismo del escalafón. Mi abuelo le pidió que se retractara, pero él siguió con sus insinuaciones, acompañadas de irónicas sonrisas. Méenos que esto era suficiente para exaltar á mi abuelo, para quien el cariño á su mujer era un culto. Tal fué su osadía, que mi abuelo, despues de abofetearle, y en un estado de exaltacion extraordinaria, cogió un cuchillo de encima de la mesa y lo clavó en el cuerpo de su enemigo.

Mi abuelo fué condenado á presidio, sin que pudiéramos conseguirle el perdón, porque hubo por parte de nuestro enemigo más influencia y más poder para condenarle que por la nuestra para alcanzar el perdón. Tuvimos el dolor de verle marchar á presidio, en donde en pocos años blanqueó su cabello, se arrugó su rostro y se apagó el fuego de su mirada, no siendo viejo todavía. Cayó su espíritu en un abatimiento grande y el presidio fué para

él sepultura, de donde salió como espectro, sin deseos, sin ilusiones, sin esperanzas.

El sufrimiento para toda la vida ocasionado por un momento de arrebató justificadísimo por defender la mitad de su alma, ofendida en su virtud y su inocencia.

Al fin, despues de grandísimos esfuerzos de nuestra parte, conseguimos su libertad, que, bien mirado, no era sino salir de una cárcel para entrar en otra, del presidio donde forzadamente se trabaja y se reciben palos, pero donde todos son criminales reconocidos y no se molestan los unos á los otros con el recuerdo de su crimen, á la cárcel de las convenciones de la sociedad, en la que algunos criminales tienen derecho á censurar y á escarnecer á los arrepentidos. En el presidio no hay más juez que la conciencia, que Dios, que es juez misericordioso y compasivo; en la sociedad, todo se vuelve para el infeliz caído juececillos que le desprecian, que hacen de él escarnio y vilipendio, y que si ya no fueran viles, con esto lo serían, porque es más vil despreciar y mofarse del arrepentido que cometer un crimen, para luego engrandecerse con el arrepentimiento. El que se duele del crimen que ha cometido, va recorriendo con su atribulado espíritu el camino del perdón; pero si le acompañan en tan santa peregrinacion las burlas de los hombres, es fácil que le falten las fuerzas para llegar al punto de salvacion.

Pero por ciertas que sean estas consideraciones, el mundo se rie de ellas. Y parece como si hubiera un enorme peso que sujetase en la tierra estas convenciones que hacen desgraciado al caído, y las impidiese marchar á otros mundos para los que fuesen un progreso.

Cuando salió mi abuelo del presidio le recibimos en la familia con los brazos abiertos y, abrasando al presidiario envejecido, corrieron nuestras lágrimas sintieron la más grande emoción de toda la vida unida al más grande placer.

Nuestro pensamiento era, hacerle olvidar los horribles días del presidio con nuestro cariño y nuestras caricias. Y así como el tiempo que en él estuvo, fué para él todo de desprecio y castigos, ahora en los días que le quedaran de vida, habíamos de reverenciarle y nuestro cariño para él había de ser culto, adoracion, idolatría. Queríamos resucitar su espíritu con nuestros cuidados y caricias. Y fueron tantas nuestras atenciones que el pobre abuelo se fué aliviando en su tristeza. Sólo vivía para nosotros. Fuera de nosotros no había nada y el mundo terminaba en el último nieta.

Celebrábamos la noche de Navidad. La primera Nochebuena que pasábamos juntos despues de la salida de mi abuelo del presidio.

Mi abuelo no quería ver á nadie y había accedido á nuestro deseo de comer juntos, con la condicion de que había de ser una comida de familia exclusivamente y ninguna persona extraña había de sentarse á la mesa, que al fin y al cabo nunca podría participar de la misma alegría, y en cambio, con su presencia sería un obstáculo para que la expansion del abuelo se verificase.

Con una infantilidad propia de su estado de ánimo y del que tuvo gran ilusion por su carrera, y fué un pundonoroso oficial, aquella noche se vistió con su uniforme de militar, acto que siendo sencillísimo, causó al pobre anciano una gran revolucion en su espíritu, porque de cada pliegue del apollado uniforme se escapaba un recuerdo. Las cruces que ceñían su pecho le recordaban al anciano su vida de hombre honrado y militar valeroso, vida de honradez y consideracion interrumpida por un momento de ofuscacion producida por la subversion de la dignidad ofendida. ¿Con cuánto cariño se puso su uniforme! ¿Con qué orgullo le llevaba puesto! Aquel

momento fué uno de los pocos felices que le quedaron en su vida.

Al salir al comedor, en donde le esperaba la familia principal reservándole un sitio en la mesa, la sorpresa de todos fué grandísima, y al ver correr las lágrimas por el arrugado rostro de mi abuelo, le estrechamos en nuestros brazos y todos lloramos.

Echó mi abuelo una mirada recelosa á todos lados para convencerse de que nadie extraño á la familia había en la casa. Tenía miedo de que se rieran de él, y de ningún modo hubiera consentido que nadie hubiese visto aquella especie de usurpación de estado.

Empezó la comida, y mi abuelo, absorto en sus recuerdos, no exteriorizaba ninguna sensación. No pudimos conseguir que la alegría desarrugara el sombrío semblante del anciano. Al fin con nuestras preguntas pudimos hacer hablar algo á mi abuelo.

Ya iba el pobre anciano á expansionar su alma comunicándonos sus tristezas ó sus alegrías, cuando el timbre de la puerta de la calle sonó metiendo un ruido estrepitoso. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de mi abuelo que, levantándose con toda la presteza que le permitían sus debilitadas piernas, echó á correr hacia su habitación gritando:

—¡Que no abran! ¡Que no abran todavía!

—¡Abuelo! ¡Abuelo! — le gritamos — quedese, si no será nadie, si á nadie dejaremos pasar.

—No importa. No estoy tranquilo. Voy á quitarme mi uniforme. ¡Tengo miedo! no debo tenerle puesto, ¡por Dios, que nadie me vea!

No nos hizo caso. La idea de que alguna persona extraña pudiera verle con el uniforme que había deshonrado, le producía un terror indescriptible. Fué tanta su precipitación, que al entrar en su cuarto se enredaron sus torpes piernas y cayó.

Yo entonces dí un grito, y cogiendo á mi abuelo entre mis brazos, besé infinitas veces sus cabellos blancos y las lágrimas me hicieron balbucear estas palabras:

—¡Dios mío, esto es injusto! Si es cierto que el delincuente cayó por su crimen, no lo es ménos que el no darle la rehabilitación cuando lo merece, es otro crimen.

MARIANO OVEJERO Y MAURY.

EL SUR DE MEXICO.

BOSQUEJO.

A**

Amorosas las aguas del Océano
 Convierten en espuma su esmeralda,
 Al estrellarse sollozando tristes,
 En la costa quebrada
 Que es el dintel del admirable suelo
 Donde mil cunas de héroes se derraman;
 Mas apenas el mar besa la costa,
 La costa se levanta,
 Rocas sembrando por doquier, despojos
 Postreros de la furia plutoniana,
 Que arrancó un tiempo montes y colinas
 Del orbe á las entrañas,
 Y que hacinando, sin cesar, peñascos,
 Los gigantescos Andes fabricaba
 Los Andes, eternos monumentos
 Del vencedor de Cuautla,
 Y del augusto Hidalgo, cuyas sombras
 En la cumbre se miran, dibujadas
 En el azul del cielo luminoso,
 Enérgicas, grandiosas, solitarias.
 Muchas veces hirvientes terremotos
 Conmueven las altísimas montañas;
 Es que luchan las peñas, anhelando
 Besar la orla sagrada
 Del traje de los héroes, y en la lucha
 Corónanse de llamas
 Dejando caer en su rugiente esfuerzo
 Serpientes inflamadas.

Tempestuoso el vértigo se mece
 Al borde de negríssimas barrancas

Sobre el erguido bosque que doquiera
 Con sus misterios se alza,
 Surcado por torrentes, que en la selva
 Bajo un manto de nieblas se desatan;
 Para bajar deshechos en las rocas
 Cual ondulante plata,
 Y en las crestas más altas, orgulloso
 El oyamel, su cabellera lacia
 Entrega al viento, donde deja triste
 El invierno sus canas.
 Bajo él, verde abismo se percibe
 Do la ígnea catarata
 Del astro bienhechor y la onda pura,
 Que corriendo se llega al ancho Balsas,
 Hacen surgir de la fecunda tierra
 Agreste exuberancia:
 Allí besan las auras amorosas
 Del naranjo las flores perfumadas
 Junto al manglar de bóveda oscilante
 Que apenas el Sol traspasa;
 La parota gigante, sus raíces
 Como enormes serpientes anilladas
 Extiende bajo el manto de las hojas
 Que al aire trasportara;
 Y la blanca magnolia, sus aromas
 Gozosa por el viento desparrama
 Para que toquen las gloriosas tumbas
 Do los héroes descansan.
 Risueños se columpian en la fronda
 Los nidos de mil aves encantadas,
 Y en las cavernas, trás follaje umbrío,
 La fiera americana
 Forma la madriguera á sus cachorros
 Con sangre y rotos huesos alfombrada.

Cual granítico mar, miránse arriba
 Los crestones como olas destrozadas
 Y en el quebrado valle pasa el río
 Y majestuoso hasta el Océano avanza.
 Así como en la vida está el invierno
 En las cumbres heladas,
 Muy cerca de la dulce primavera
 Que el bosque llena de amorosas galas.

Tal es el Sur, region de las grandezas:

PROTECCION DE MARIA.

EL SANTO RECLAMO.

HIJO mío, mucho me ha halagado tu petición de que escriba algo para tí y tu deseo de conservar el manuscrito como memoria, no teniendo más mérito que el que tú le das por ser mío, lo que es una prueba de cariño con que pagas el que siempre te he tenido.

Ya que de cuando en cuando pasarás este escrito por la vista, razón será, hijo mío, que algún consejo ó enseñanza encierre, pues aunque gracias á tu excelente natural, á la perfecta y cristiana enseñanza, y á los buenos ejemplos que has tenido, ni de una cosa ni de otra necesitas, nunca está de más en un bien cultivado jardín sembrar una flor más que lo embellezca.

Las flores á que aludo son las impresiones recibidas en la infancia. Ellas son en parte lo que en nuestra época descreída y destructora, en la que han hecho explosión en la católica España las ideas y sistemas antirreligiosos nacidos en otros países que se han separado de la Iglesia, y acrecentados despues por la impía negación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, las que mantienen firme en la inmensa mayoría, aunque entibiada, la fé católica, esto es, la sola "fé," pues las demás son creencias arbitrarias. Oírás mil veces, como lo he oído yo, aún á los hombres que llaman á su tibieza "despreocupación" (como si el ser prácticamente religiosos fuese una preocupación!) aludiendo á los rudimentos de la enseñanza, decir: "¡Esto lo aprendí en las faldas de mi madre y no lo olvidaré jamás!" ¡Dichosas madres! ¡dulces y fervientes acólitas del Santo Bautismo! ¡ves-

tales cristianas que no sólo conservais flamante en vuestro corazón el fuego divino, sino que lo comunicais á otros en los que permanece sin que el frío de la incredulidad que apaga la llama y la luz pueda extinguir la brasa que oculta se conserva! Así es que dice un autor francés muy respetable:

"La misión de la mujer en la sociedad moderna es admirable. Puede que sea á ella á quien deba el mundo su salvación en estos tiempos en que reina toda clase de corrupción. Ella no se ha dejado contaminar, ha seguido practicando la educación en el sentido evangélico; y si bien no le ha sido dado salvarlo todo, ha salvado cuanto ha podido de las antiguas tradiciones de la familia cristiana, sobre la que descansa la civilización entera. La mujer paga hoy magníficamente á la Iglesia, que la libertó y ensanchó sus funciones, la deuda que con ella contrajo."

Los recuerdos son semejantes á ecos de desvanecidas voces que á veces hemos desatendido al llegar á nuestros oídos y que en el silencio oímos retumbar en nosotros; son como la flor que pasó desapercibida, y que ya fuera del alcance de nuestra vista nos representa su fragancia; y para demostrarte, hijo mío, el poder y la influencia de los recuerdos, no te diré una fábula, sino que te referiré un hecho.

Sucedió que un niño mal guiado desde su infancia por su padre, que no le impuso sujeción, se emancipó temprano, perdió trás el respeto que no supieron inspirarle sus padres, todos los demás respetos, esa calidad que es la más civilizadora de todas, que es en los hombres lo que en las mujeres el pudor, por lo cual pasó muy naturalmente de travieso á calavera, y de calavera á vicioso.

No lejos de la casa en que vivía, á la salida de una callejuela muy mal vecindada, antro de vicios y de perdición, se hallaba colocado en la pared un cuadro que representaba á la Virgen triste y llorosa, la que con su dulce mirada parecía dirigir al que alzaba sus ojos hacia ella la frase que en gruesas letras estaba escrita al pie del retablo y que era ésta:

Por muy pecador que seas
 Nunca te olvides de mí.

Verdad es que, como dicen los demoletores de retablos nuestro jóven, así como otros muchos que por allí transitaban, miraba aquella sagrada imagen sin devoción y leía el letrero sin que su lectura le causase impresión alguna, y aún puede que con culpable irreverencia profiriese en aquel lugar palabras y conceptos reprobados; pero no porque se entregase al sueño ó á la embriaguez el inepto y descuidado navegante y en tal estado pase ante el faro sin percibir sus luces, las deben apagar los hombres, porque puede que llegue el momento del peligro y del naufragio, y que entonces despierte, y apercibido vuelva los ojos á aquellas luces fijas y claras, y sea salvo.

Poco despues este jóven dormido ó embriagado como el inepto navegante, exigió de su padre el ir á Paris, lo que le fué concedido desde luego, siendo aquel de opinión que su hijo acabaría de "formarse" en aquella brillante capital en todo el refinamiento y la perfección; pero lo que allí encontró en el círculo por él elegido fué el vicio más fácil, grosero y descarado, aunque más ataviado y por lo tanto más seductor, y la irreligión más doctora, más erguida y más inicua. Paris, hijo mío, es un mar que brilla y bulle; espumoso como el vino con que se embriaga, con malas y rápidas corrientes, con fatales escollos y arrastradores remolinos, pero con muchas perlas de inestimable valor en su seno que es necesario buscar en su tranquilo fondo.

No hizo esto por cierto nuestro inexperto jóven, sino que se entregó á los vicios que tan descaradamente y tan risueños le salían al encuentro.

Los vicios no sólo embotan la sana razón del hombre y ofuscan su entendimiento, no sólo degradan su ente moral y destruyen el físico, sino que son para su alma un clorofor-

mo que la sume en un estado de muerte en el cual perecerá para siempre, si no le saca de él á tiempo con fuerte sacudida la conciencia.

El padre del jóven, al saber los excesos de su hijo, se alarmó mucho considerando los estragos del torrente al que, desde que empezó á formarse, no había puesto dique, y aunque tarde, reconoció los funestos resultados de la laxa educacion que había dado á su hijo.

Entónces le escribió que se trasladase á Alemania para aprender aquel idioma, añadiendo que al efecto había prevenido á un amigo que allí tenía, el cual le había hallado un profesor, sabio y respetable cura de una aldea en cuya casa se hospedaría miéntras durase su enseñanza. Al mismo tiempo escribió á su encargado en Paris que no entregase más fondos á su hijo sino los que fuesen estrictamente necesarios para trasladarse al lugar indicado.

El jóven, que tenía talento, no estaba hasta tal punto obcecado que dejase de reconocer que él nada poseía, que nada podía aún granjearse, por lo que no sólo estaba moralmente sino tambien materialmente bajo la dependencia de su padre, ni tampoco se le ocultaba que éste no había adquirido su fortuna para que fuese malamente disipada por un hijo mala cabeza. Obedeció, pues, las órdenes que recibió, por más que le contrariasen; pero lo hizo con el corazon tan henchido de pesar y de coraje, como obstinado en perseverar en sus malas costumbres de ocio, de mal vivir y de disipacion; por lo que armado de pies á cabeza de bravatas que contraponer á la direccion y consejos de su futuro profesor, llegó á casa de éste.

Fué recibido por él con una urbanidad grave y benévola. Despues de saludar á su huésped, lo llevó á la habitacion que le tenía preparada, y cuando en ella estuvieron le dijo en tono poco cordial el recién venido:

—Me hallará V. un poco viejo para discípulo.

—Los he tenido de más edad que V., respondió el interpelado; nunca es tarde para aprender.

—Pues á mí me parece que lo es, repuso con altanería el jóven, por lo cual ni estudiaré ni aprenderé, por más que V. se obstine en enseñarme.

—¿Entónces para qué ha venido V. á mi casa? preguntó sin salir de su tranquila gravedad el cura.

—Para obedecer á mi padre, que como V. ve abusa de los derechos de tal.

—En ese caso, señor, dijo el anciano, entregaré á V. el año de estipendio que anticipadamente me ha sido abonado, pues soy un profesor y no un carcelero. A las nueve cenamos, añadió: si usted gusta, podrá bajar á acompañarnos, y de lo contrario disponer á la hora que desea que se le suba la cena á su cuarto.

Diciendo ésto el digno anciano le saludó y salió del cuarto.

Cuando el mal engreído jóven oyó que podría percibir, si se marchaba, la suma que había sido entregada al profesor, se apoderó de él una gran alegría, considerando que con esa suma podría regresar á Paris, y miéntras le durase continuar su disipado y culpable modo de vivir.

Pero apenas se había ausentado el respetable sacerdote, cuando se avergonzó en el fondo de su corazon, que era noble, de su comportamiento, palabras y pensamientos, los que habían sido tales que quitaban al calavera hasta el barniz de buena crianza; ante aquel anciano grave, tranquilo y desinteresado se despertaron, cual ante el sol las flores, sus buenos instintos; acostumbrado hacía tiempo á no ver más que soberbios, rebeldes y viciosos tipos de la humanidad, se quedó parado y humillado al hallarse al frente de uno de los más dignos y nobles.

Aún bajo esta salutífera impresion, al oír las nueve se apresuró á corresponder á la benévola invitacion que se le había hecho.

Halló á la familia del cura ya reunida; componíase ésta del cura, de una hermana anciana y casi impedida que trataban todos con singular respeto y cariño, y de otra hermana viuda y madre de dos niños que educaba su tío. La familia lo recibió con la misma urbanidad reservada y benévola que con él había usado el profesor.

Cuando hubieron concluido de cenar, cruzaron todos con reverencia sus manos y se pusieron á rezar. Su huésped entónces intentó levantarse para irse, pero no lo hizo, puede que por respeto humano (que mucho de bueno tiene si lleva á portarse bien y combate victoriosamente el cinismo, esto es, la ostentacion de portarse mal,) y puede muy bien que fuese por una de estas gracias espirituales que á veces envía la misericordia de Dios al hombre. Al concluir, añadió el cura la hoy tan propagada oracion á la Virgen por la conversion de los infieles, de los herejes y de los pecadores, y cuando á la voz del venerable anciano se unieron llenas de uncion las voces de aquellas virtuosas mujeres y la de los inocentes niños, cual arrastrado por ellas como el hierro por el imán, se levantó el corazon de aquel pecador de la tierra, pero sin intencion, sin direccion, sin propósito definido, sin súplica formulada, cual se levantan á altas regiones esos globos henchidos de gas que van á perderse en el espacio,

En aquel momento fijó la vista en la imagen de la Virgen que aquellos devotos y caritativos fieles invocaban, y una exclamacion de sorpresa subió de su corazon á sus labios, pues aquella imagen era idéntica á otra que tantas veces había visto en su infancia. Su recuerdo brotó lozano en su alma, y leyó en los ojos de la imagen aquellas palabras, que cual suaves ecos resonaron ahora en su corazon,

Por muy pecador que seas
Nunca te olvides de mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de ternura, de vergüenza y de dolor; su corazon se abrió á la fé, y en pos de ella entraron en él la esperanza y la caridad.

El jóven ocioso, soberbio, lleno de incredulidad y de vicios, que á su ruina moral y material corría, es hoy uno de esos hombres admirables que llenos de verdadera abnegacion dedican su vida á Dios, á su culto, al estudio, á la predicacion, sin que les arredre ni intimide la impiedad que contra ellos asesanta sus más emponzoñados tiros, soldados alistados por un Santo en la compañía que lleva en su bandera el Sagrado Nombre de Jesus.

FERNAN CABALLERO.

HOMENAJE DE GRATITUD.

Al R. P. Matías Cáceres, S. J.—Con motivo de Cumpleaños.

MI VISION.

Moría el sol. Mis plantas altaneras oprimieron la frente del Galeras y él me arrulló con voces de huracán. Y fruiciones sentía de coloso al contemplar el vórtice horroroso que de su seno arroja ese titán.

Allí anhelé lanzarme á lo infinito. La calcinada mole de granito de mi ambicion el pedestal formó. Audaz rompí de la materia el velo; y en la vastísima extension del cielo mi espíritu inmortal se difundió.

Y de átomos palpé las vibraciones y mundos ví, de mundo incubaciones, globos de fuego y muda oscuridad. Y sorprendí la angélica armonía; llegué por fin á la region vacia rasgué la bruma y ví la eternidad.

Grandiosa clave de infinita nota, cual de profetas la vision ignota, entre la bruna inmensidad leí. El misterio miraba esclarecido, mas desperté con lúgubre gemido y en la carne otra vez me sumergí.

Sierpes brotó de fuego la tormenta, y yo miré á su lumbre amarillenta como en diorama el crimen, la virtud. . . . Ay! que lo santo, como fiera hirsuta destroza la impiedad! la fuerza bruta el bien arrasa cual ingente alud! . . .

La fé vacila. . . el Cristo se derrumba. . . Horror! horror! . . . En la feral balumba quien comprime la indómita razon? . . . Mas ví triunfar al Hijo del Eterno y ví á Satán en el profundo averno cual roca hundirse en brazos del cielon.

Y ví despues incendios devorantes. Del corazon de ruinas humeantes' un Querube voló á la inmensidad. Entónce oí los ecos de Dios mismo; con voz de cataratas, un abismo á otro abismo gritaba: Jehovah!

Oh! no digais que todo es nombre vano: se columbra la ciencia del Arcano: todo recibe movimiento de El; porque esos mundos que al mortal asombran son invisibles átomos que alfombran del Dios inmenso el fúlgido escabel.

Segundo M. Andrade.

UNA HIJA DE SAN VICENTE.

NO hace muchos años, en un hospital de Paris gemía un hombre enfermo, próximo acaso á la muerte y obstinado, á pesar de esto, en olvidar á Dios, y aun en blasfemar de su justicia y negar su misericordia.

Nadie podía llegar á su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, ó exponerse á las consecuencias de su impotente cólera. Sus violentos dolores extraviaban su razon, y no tenía para sufrirlos la santa resignacion del cristiano.

Los médicos le habían recetado una bebida calmante; pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente á tomarla, llegando al paroxismo del furor cuando venían á ofrecérsela.

Los que le rodeaban se habían alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos. Pero si todos le abandonaban, el ángel de la paciencia, la Hermana de la Caridad, aun estaba allí. Con la mirada suplicante y con el ruego en los labios, se acercó al desgraciado, ofreciéndole con mano amorosa aquella pocion salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo. Sin embargo, ella insistió. Pero aquel hombre era un impio: estaba desesperado y arrojó con furor la medecina que se le ofrecía, amenazando de nuevo á la indefensa enfermera.

Por segunda vez la Hermana se aproximó á aquel lecho, y por segunda vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo el vaso que contenía la medecina traída de nuevo. Su voz era dulce, sus palabras persuasivas, su mirada llena de uncion y de piedad.—Tomad, dijo, tomadla en nombre de Dios.

Y acercó su mano para levantar aquella cabeza con un ademán suave y tierno como el de una madre amorosa.

Entónces aquel hombre se incorporó rígido y airado; sus miradas estaban inyectadas; sus dientes crugían apretados con fuerza; y en la explosion de su furor tomó de nuevo el vaso y lo arrojó, no léjos de sí como la vez primera, sino á la casta frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos é inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una herida profunda; pero ni una queja, ni una reconvencion brotó de sus labios: sólo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus mejillas.

Enjugó lentamente su rostro y permaneció en su puesto, limpiando despues con su pañuelo la frente y las manos del enfermo, salpicadas y mojadas tambien, con una solícitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo: una cosa extraña pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

Pasado el primer momento, la Hija de San Vicente hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado le preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os vais?

—Sí, yo creo que ha pasado vuestro enojo, y ahora quizá.....

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre, viendo la dulcísima sonrisa que había acompañado estas palabras.

—No os resistiréis á tomar esa bebida que encierra vuestra salud.

—Y.... ¿la traeréis otra vez? preguntó con emoción y asombro.

—Y otras mil si fuese preciso.

—Pero ¿esa sangre?.....

—Yo daría toda la mía por aliviar vuestro mal,—dijo ella con una voz tan sentida y dulce que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

Entonces como las puras aguas de un impetuoso torrente, ocultas y contenidas por una capa de grosera tierra, saltan y se desbordan cuando una mano hábil rompe de un solo golpe su fuerte dique; así el manantial del llanto, estancado en aquella alma por tantos y tantos años, brotó en ancho caudal, devolviéndole la olvidada fé y la perdida esperanza.

—¡Creo en Dios! gritó al fin aquel hombre en el exceso de su emoción, con voz desentonada y angustiada; ¡creo en Dios, y en los santos, y en los ángeles, porque voz sois uno de ellos! Sí, hay un cielo; de allí venís vos, porque en la tierra no sabemos hacer estas cosas: hay una eternidad, porque es preciso que la haya para premiar tanta virtud. ¡Oh! no me dejéis, no me dejéis, por Dios, y enseñadme á esperar, ya que me habeis enseñado á creer!

Estas palabras estaban dictadas por un sentimiento real y sincero, porque una hora despues, y cediendo á los deseos del arrepentido pecador, Jesus Sacramentado descendía á su pecho, purificado ya por el arrepentimiento y la contrición.

Lo que no habían podido hacer los más sabios consejos, las más severas exhortaciones, lo consiguió una sola lágrima y unas gotas de sangre humildes y solas.

Dios quiso coronar la obra llevada á cabo por la caridad, y devolvió la salud al enfermo, que ya la invocaba esperando en su bondad. Hoy vive aún; hoy, en vez de dudar, espera; ora en vez de blasfemar, y su miseria es ménos penosa y más llevaderos sus dolores, porque la oración y la esperanza son el mayor consuelo del alma.

MARINA.

Gime la brisa en las palmas
Altaneras de la costa,
El mar inquieto, su oleaje
Sobre las playas azota
Con su espuma salpicando
Los contornos de la roca;
Nubes negras al Poniente,
Rápido el viento amontona
Y de los cerros distantes
Van descendiendo las sombras
Como buitres carniceros
Que tras su presa se arrojan.

A lo léjos, indecisas
Se ven brillar en las chozas,
Como luciérnagas bellas,
Luces pálidas, que brotan
De las llamas vacilantes
Que ruda labor pregonan;
Cruza el mar lijera huyendo
Como sombra la gaviota;

Y los pájaros se aduermen
Del palmero en la ancha copa.

Soledad profunda reina
A lo largo de la costa:
Y se escuchan á intervalos
Los gemidos de las olas,
De un remo el eco distante
Que el viento al llevar prolonga
Y los susurros de amores
Que fresca la brisa entona
Acariciando la tierra
De aquellas playas remotas.

En tante el Oriente brilla
Y líneas de luz asoman
Que el horizonte á lo largo
Con cinta de plata bordan;
La Luna casta y radiante,
Envuelta en blanca aureola,
Majestuosa se levanta,
Como nadando en las olas,
Tal cual la Vénus antigua
Que en el mar Jónico brota.

SURGITE!

I

Blanco el cielo. Montañas oscuras
se destacan en fondo gris perla.
Sobre el pico más alta ha prendido
su penacho de luz una estrella.
Un alfanje de plata la luna
recortando las nubes semeja:
y un lucero muy pálido y triste,
en el claro perfil de la sierra,
soñoliento su blanca mirada
arrojando tenaz, parpadea;
á la vez que otros astros se ocultan
en el seno de la húmeda niebla.

II

Los nocturnos ruidos se apagan
y se apagan tambien las estrellas.
Por el Este sus franjas de oro
de la aurora gentil mensajera,
tiende el sol, que en su lecho de nubes
como un rey oriental se espereza.
Y las sombras buscando refugio
de Occidente en los mares navegan,
y el espacio atraviesan veloces
tripulando sus góndolas negras.
Sólo Vénus en lo alto del cielo
como un foco inmortal centellea.

III

En la tierra, las cosas presienten
un instante solemne, y esperan.
Surte el agua; las fuentes palpitan;
se estremece la oscura arboleda,
y en la fronda se siente un latido
de unas almas que cantan y vuelan.
Son visibles espíritus, brotan
del ramaje; las hojas desplegan
el sutil pabellon de esmeralda....
Todo es vida y rumor; todo tiembla....
Y un concierto de arpegios y trinos
por los aires inmenso resuena.

Manuel José Othón.

RECETA PARA DORMIR BIEN.

Erase un hombre y su nombre
cual véis en silencio paso,
pues importante del caso
no es el nombre sino el hombre.

Cuentan de él que era inhumano
tanto que con cara impía
viendo á un pobre le decía:

—¡Perdone, por Dios, hermano!

Y era rico: en brillo al sol
sus joyas dábanle guerra;
no recuerdo bien su tierra,
pero en fin no era español.

Tenía criados, coche,
y cuanto á su afán cumplía....
Miento, sólo no podía
pegar los ojos de noche.

Todo el protomedicato
en vano lo visitaba,
y el pobre señor gritaba:
—¡Si no me curan me mato!

Con este clamor eterno,
dejando la blanda alfombra,
renegando de su sombra
salió á la calle; era invierno.

Con su alma forrada en cobre
marchaba, sin dirección,
cuando en cierto callejón
le salió al encuentro un pobre.

—Señor, dijo, á usted acudo;
una limosna por Dios;
es invierno y somos dos
á dormir sobre un felpudo.

Yo no sé qué oculta llama
le hirió entonces con su brillo,
que alargándole el bolsillo,
contestó:—para una cama.

Volvió á su casa risueño,
la cabeza recostó
sobre la almohada, y pasó
toda la noche en un sueño.

Y oyó al despertar la aurora,
que una voz libre de enojos
dijo: "Dios cierra los ojos
del que consuela al que llora."

Gaspar.

EL REMEDIO.

Para séres que tienen corazones
Tan duros como el bronce y el granito,
De nada servirá el derecho escrito
Que preparan monarcas y naciones.

No bastan, no, cadenas y prisiones
Ni leyes que castiguen el delito;
Para crimen tan hondo y tan maldito
Están demás fusiles y cañones.

Contra esa enfermedad ya cancerosa
Que nos lleva derechos á un abismo;
Contra el caos social, que no otra cosa
Pretende en su locura el anarquismo;
Contra esa gente como can rabiosa,
Tan solo hay un remedio: el Cristianismo.

LA ENVIDIA.

En un lago infernal de lava ardiente
Un monstruo horrendo con furor nadaba,
Que al agitar el líquido mostraba
Garras de tigre y boca de serpiente:

Cuando el Sol levantábase en Oriente,
En su ígneo disco manchas encontraba;
Cuando la Luna espléndida brillaba,
Tambien huía de su luz fulgente.

Cansado Dios de su eternal perfidia,
Como á Luzbel, por maldición le manda
Que yazga siempre en impotente lidia;

Era aquella pasión sangrienta, infanda,
Que nació con Cain, era la Envidia:
Aún no se ha muerto: por el mundo anda.

1842.

Plácido.

GARDENIAS.

Se desmaya, se embelesa
Y arrulla más la paloma,
Cuando la envuelve en su aroma
La gardenia cordobesa.

Porque esa flor virginal,
Entre naranjos nacida
Es una estrella caída
Sobre el suelo tropical.

Es urna de porcelana,
Llena de pólen y esencia;
Es pura cual la inocencia;
Como un ensueño, galana.

Es símbolo de un amor
Que sólo crece y palpita
En esos campos que habita
El radiante picaflor.

En Córdoba, en el hogar
De las muchachas hermosas,
En la tierra de las rosas,
Del mamey y el platanar;

En ese fecundo suelo
Donde alzan trinos suaves
Los ensueños.... ¡Esas aves
Que saben llegar al cielo!

¡Ah! con razón la paloma
Se desmaya, se embelesa....
¡La gardenia cordobesa
Le habla de amor con su aroma!